

Entre los americanos, Rubén Darío, se destaca, seleccionado con eficacia. Finalmente, el libro trae una útil y elemental tabla de las principales combinaciones métricas usadas en lengua española.

En suma, sólo nos cabe esperar que un gran poeta recopile, de veras, «Las más bellas poesías para recitar» utilizando fuentes originales.—ANTONIO DE UNDURRAGA.

<https://doi.org/10.29393/At233-188SCFU10188>

### SUSANA Y LOS CAZADORES DE MOSCAS, por *Pío Baroja*

Nos habían dicho que era una novela humorística y pensamos en la infancia, «Silvestre Paradox»; pero la lectura nos recordó vivamente «Las tragedias Grotescas» y «Los amores tardíos», esta última, tercer tomo de una de las más atrayentes trilogías que ha escrito Baroja. En todo caso «lo mismo de siempre», frase de la que se enorgullece Somerset Maugham, cuando un crítico londinense define con ella uno de sus últimos libros. Lo mismo de siempre. Es indudable que un escritor verdadero tiene un sistema o manera, instrumento familiar a su espíritu con el que sondea los asuntos y problemas que lo llevaron de una vez para siempre a la vida literaria. ¿Existe algún escritor de valor que no acreciente su obra con los mismos problemas tratados de la misma manera, casi? Las novedades y lo imprevisto quedan para los escritores fotográficos a lo Paul Morand.

Baroja está todo él en cada una de sus novelas, que ya deben bordear el centenar. Joven o viejo uno de los protagonistas es depositario de toda la furia crítica de don Pío conduciendo además la superior capacidad de observación del autor español. De sus cien novelas han salido armonizadas y concluidas hasta un veinte por ciento, conteniendo algunas de éstas la calmosa suficiencia del genio. El resto de sus obras aparece

mal apuntalado, caprichoso, atrabiliario; pero este resto se defiende con tres cualidades que en la creación literaria de Baroja se hallan abundantes: Gracia, profundidad, amenidad. Podrá decir el que quiera que Baroja hace aparecer en sus libros personajes de los cuales sólo se sabe que son turnios, o llevan una corbata roja, o tienen un aire siniestro. Pero tampoco nadie ve más cuando entra a un café desconocido o sube a un tranvía y en sus libros Baroja ha entrado a muchos cafés y tranvías con su ojo de lince, mirando sin vivir, lo cual quien sabe no sea una forma de vivir.

Esta novelita de «Susana y los cazadores de moscas» es del año 1938, vista y escrita en Francia al borde de la quemante guerra civil. El gran novelador de la guerra carlista (veintidós tomos de las «Memorias de un hombre de acción», réplica notable de los encumbrados «Episodios Nacionales» de Galdós) no ha podido observar la guerra de su tiempo en su país. Nos habla ahora de su mala suerte, del destino y de las calles de París, escondido en el químico de treinta años Miguel Salazar, sin lograr encubrir del todo su calva, su reumatismo y su agudeza. El libro nos parece una muestra de persistencia del gran escritor del Bidasoa que reciben tranquilo sus numerosos lectores sudamericanos al sentirlo triste en una vejez que él muchas veces se ganó alegre y tranquila. Independiente a ultranza y agresivo en un medio agresivo, seguirá Baroja discurrendo con la gente de todas las capas sociales, haciendo caminar a sus lectores hasta cansarlos físicamente, enormes distancias a pie.

En «Susana» el argumento es mínimo, un poco sorpresivo y a la vez corriente como perder el tren o enamorarse. Salazar llega a París, busca habitación barata, conoce los barrios periféricos (no le interesa el centro) algunos parques, algunas cárceles célebres. Alterna con españoles huídos, con estudiantes vagos y descoloridos. Trabaja, conoce a alguien más. Vaga por los arrabales. Es tímido y oscuro; se enamora de una muchacha que tiene una lesión mitral contraída en la infancia, Susa-

na, que finalmente muere en un accidente automovilístico. Salazar se queda solo y triste. Es poco argumento: un tema escuálido que Baroja hincha y ennoblece a fuerza de oficio y de gracia. Ortega y Gasset dijo de Baroja una vez: «Al leer la última página se nos borra de la fantasía cuánto nos ha contado. No es tan fácil, como a primera vista se antoja, señalar el origen de esta falta. La dificultad proviene de que se halla estrechamente unida a una de las más geniales cualidades de su obra. Quién no ha sentido, a veces, leyendo estas páginas de Baroja—donde los acontecimientos van y vienen rápidos, sin patética, insignificantes, rozando apenas nuestra emoción, extractos de un ayer y de un mañana—quién no ha sentido como el paso veloz de la vida misma, con su carácter de contingencia, de azar sin sentido, de mudanza constante, pero constantemente vulgar? Por un día que al llegar nos clava su puñal en lo hondo del sentimiento, años, años enteros resbalan sobre nosotros, de cuyo contenido nos es tan difícil acordarnos como de una novela de Baroja».

Cuando vemos un edificio reparamos en la línea, la forma, las columnas, los ventanalce, la cara del edificio, en buenas cuentas. El material oculto y olvidado que le sostiene y que no culmina en rostro arquitectónico, sino que desde el subterráneo a la terraza levanta y resiste el pequeño momento de la forma no puede ser captado. Baroja ha rellenado de abundante «albañilería» vital y literaria el fondo de sus novelas. Existe una manera de leer estas novelas barojianas del montón como «Susana» basada en la importante contribución lector. Hay un tipo de acontecimientos literarios como los de «Susana» y «El cabo de las Tormentas», por ejemplo, en que empezamos a reír secretamente casi por nada: Por la manera de ver, por las descripciones superlativamente someras, por los caprichos gramaticales y constructivos de Baroja. Es preciso esta concordancia subjetiva, de lo contrario conviene cerrar el libro. Es por eso que los libros de Baroja son, en una biblioteca particular, objetos

tan personales del dueño como su cepillo de dientes. Una pregunta sobre esta afición es casi siempre arriesgada.

Don Pío Baroja no palidece a los setenta y dos años de vida y cuarenta y seis de novelista. Su sistema de incorporación literaria funciona con energía: caracteres extraños y perdidos, vagas ocupaciones, las dulces niñas que lo emocionan, cachivaches y líricos paisajes, gozan de su estupenda salud. Su mirada, la más española de la península, vigila, viva, perspicaz y curiosa.—FERNANDO URIARTE.



CASA DE LA INFANCIA, por *Luis Durand*

El proyecto y la realización de los pequeños cuentos de Luis Durand se complementan estrechamente. Sensible para el aspecto cándido y suavemente entristecido de un reciente pasado no encuentra obstáculos para describir íntegra y holgadamente lograda la zona vital que le preocupa y siente, fundida en un estilo oliveño, blando y parejo. El acento es uno, uno el que cuenta; la pena y las desgracias siempre anecdóticas han sido observadas por la pupila bondadosa de un hombre que lleva en su alma un vivo acento de serena vitalidad.

En la obra de Luis Durand se expresa todo lo que envuelve su sensibilidad, todo lo que es próximo a su ser, más aún, todo lo que hay cercano y palpable en el ámbito vital. Su pluma no penetra los aspectos extremados de la naturaleza ni los bajos fondos del alma humana: lo irracional, sorprendente e imprevisto caen fuera de sus dominios. Su voz, su buena voz, se levanta en la fina vivencia campesina y entre aromas y nostalgias nos conduce hasta un pasado gentil, ya casi muerto: «Casa de la Infancia», «Misiá Panchita». O al duro rellano de la vida en descampada: «Afuerinos».

Rara vez se habla de la novela criollista sin nombrar a dos